

Aviso importante

Nuestros distinguidos lectores pueden ya adquirir las elegantes tapas que hemos confeccionado, para encuadernar en tomos, las novelas publicadas hasta fin de año, como sigue:

Tomo I — del 1 al 22

» II — del 23 al 43

» III — del 44 al 64

al precio de Ptas. 1'25 cada tapa.

Para facilitar la encuadernación de los tomos, hemos concertado un arreglo con un especialista, y la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona. recibirá las colecciones completas que se deseen encuadernar (de momento hasta el n.º 43, o sean dos tomos), y en este caso el precio de las tapas y la encuadernación impecable sería de Pesetas 1'75.

PEDIDOS Y ENCARGOS: En los quioscos y puestos de venta de cosfumbre y en la Sdad. General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona.

CINCO PALABRAS MÁGICAS

¿Tiene usted ya nuestro almanaque?

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 62

25 cts.



ORPHANS OF
THE STORM
inspirada en la
célebre novela
de A. d'Ennery

**LAS DOS
HUÉRFANAS**

por las
hermanas
Lillian

y Dorothy Gish
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción (Gran Via Layetana, 17
Administración (Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 62

ORPHANS OF THE STORM

Adaptación de la famosa novela de A. d'Ennery

LAS DOS HUÉRFANAS

Dirección personal de D. W. Griffith

Protagonistas: LILLIAN y DOROTHY GISH

Argumento de la película de dicho título

Historia de dos huerfanitas que sufrieron los rigores de la tiranía, bajo el reinado del egoísmo y la autocracia.

PRÓLOGO

Los de Vaudrey, descendientes de una muy noble familia, viendo un ultraje á sus blasones en el casamiento secreto de su hija con un ciudadano de la clase media, dieron la muerte á su marido por el nefando delito de no haber tenido ilustre cuna, é hicieron desaparecer al

recién nacido, pero la madre pudo, gracias á un criado, encerrar en un medallón que llevaba el tierno ser, una nota que decía lo siguiente:

“Se llama Luisa. Amparada.”

Después, en la cruda noche invernal, la niña fué abandonada á la merced del cielo.

Juan Girard, impulsado por su vivir paupérrimo, dejó á su hija Enriqueta en las gradas de Nuestra Señora, puesta su esperanza en la ajena caridad. Mas, al disponerse á marcharse, se fijó en que otra niña había sido depositada sobre la nieve, y al ver cómo temblaban de frío sus manitas, pensó en el mortal peligro que esperaba á su hija... y no escuchando más que la voz de su conciencia... volvió con las dos niñas á su hogar.

Diríase que un designio providencial quería amparar la vida de la pequeña Enriqueta, porque entre las ropas de la recogida por el compasivo Girard, éste halló una buena cantidad de monedas de oro.

Y así comenzó para las dos niñas, á quienes unía el azar, la jornada de la vida.

En una aldea de Normandía pasaron Enriqueta y Luisa, que más tarde habían de ser «las dos huérfanas», los años infantiles, amándose como hermanas.

I

Pasaron los años.

La madre de la abandonada Luisa era entonces la condesa de Linières, esposa del Conde, prefecto de policía de París, personaje de tan alto prestigio que su firma era lo suficiente para mandar un desgraciado á presidio ó al destierro.

Desde que, hacía muchos años, la obligaron sus padres á contraer matrimonio con el Con-

de, ella le había ocultado cuidadosamente el secreto de su juventud.

El caballero de Vaudrey, sobrino de la Condesa, y perteneciente como ella á la nobleza más rancia y altiva del mundo, vivía en el palacio del poderoso prefecto de policía.

Picard, era el criado fidelísimo del Caballero.

Juan Setain, apodado Tison, un colono de las tierras de la Condesa, sediento de venganza contra los agravios inferidos á sus mayores, fué cierto día al palacio á entregar un cesto de frutas. La Condesa estaba con su esposo. Como éste le recordara el vencimiento del pago de las rentas, Tison, lamentándose, le dijo:

—Desgraciadamente, lo sé; mas ¿cómo queréis que pueda pagarlas, abrumado por impuestos más altos cada día?

Luego, dirigiéndose á la Condesa, añadió:

—La vida, Señora, se nos hizo un martirio desde que mi pobre padre incurrió en las iras del vuestro, y el difunto gran señor mandó castigarlo.

Y á la imaginación del plebeyo reaparecía la sangrienta escena de la pena horrorosa impuesta á su padre, que murió quemado, y con grandes gestos de pavor la refería... hasta interrumpirlo, bruscamente, el Conde.

El caballero de Vaudrey, oyó, pues se había reunido con su tía á tiempo de ello, el final del relato de Tison, y éste dijo aún:

—El caballero de Vaudrey, entonces casi un niño, era espectador de estas escenas de crueldad.

Y las soñadas venganzas de Tison envolvían al Caballero y á los condes de Linières, los tres deudos más próximos del tirano muerto.

Pasada la terrible epidemia que había priva-

do á Enriqueta de sus padres y envuelto en trágica sombra las pupilas de Luisa, Enriqueta, desgarrada el alma, compartió con la ciega infeliz el dolor inenarrable de su desventura.

—¡No te veo, Enriqueta...! ¡No te veo!—gemía Luisa, acariciando los bucles de su hermana forzando inútilmente su vista con ansias de desgarrar el velo que la cubría.

Y Enriqueta, dulcemente, le dirigía palabras de consuelo.

—Calla, hermana, no te aflijas.... Eso es pasajero, ya verás.... Y mientras, yo te cuidaré mucho, yo... veré por tí.

En tanto, en París, juzgando sacratísimo en los humanos el derecho á la vida, el caballero de Vaudrey repartía entre los infortunados un poco de bienestar y de consuelo.

Danton, famoso abogado de alma ardiente y generosa, llamado más tarde «el Rayo de la revolución francesa», fué testigo de la generosidad del Caballero que se mezclaba con la gente más misérrima de la ciudad, distribuyéndole una gran cantidad de panes.

Y cuando el Caballero se cruzó con Danton, éste, admirado, le dijo, tendiéndole su mano:

—Si hubiera muchos aristócratas como vos, más sería el mundo paraíso de ventura que valle de lágrimas.

Volvamos á Normandía.

La esperanza, infundida en el ánimo de Enriqueta, de que la ceguera de Luisa podía ser curada en París, decidió la marcha de las dos huérfanas á la gran metrópoli.

—Cuando estén bien los ojos de mi pequeña—decía Enriqueta á Luisa, repantingándose en un sillón—, ella trabajará y cuidará de mí, mientras yo me siento tranquilamente, como una señora.

Antes de partir, Luisa se opuso á seguir á su hermana, justificando su rebeldía así:

—¡Yo no voy á París...! Allí habrá quien te enamore... te casarás... y... ¡yo me quedaré sola en el mundo!

Entonces, Enriqueta, para tranquilizar á su hermana, hizo el solemne juramento de no casarse hasta que Luisa pudiera ver y aprobar al elegido para esposo.



...hizo el solemne juramento de no casarse...

En estas condiciones, las dos huérfanas emprendieron el viaje en el coche que hacía el servicio de viajeros entre Normandía y la capital francesa.

II

Pedro Frochard, bondadoso tullido, afilador ambulante, pregonaba por las calles de París su oficio.

Su madre, mujer malvada y despreciable, imploraba la caridad pública y maldecía á quien no atendía su súplica.

Pedro sufría la maldad de su madre, sin osar jamás rebelarse contra la injusticia que se le hacía, y á pesar de la brutalidad con que también su hermano Jaime, el hijo mayor y niño mimado de la vieja Frochard, un miserable digno de la horca, le trataba.

Pedro trabajaba para todos y principalmente por su hermano, cuya indignación ante las pequeñas ganancias del afilador, se traducía por una salvaje repulsa, cual si el pobre tullido tuviera la obligación de obligar á la gente á que utilizaran sus servicios....

El coche en que viajaban las huérfanas se había atascado en el camino, obstruyendo el paso á la carroza del poderoso marqués de Praille.

El noble, para castigar al incapacitado cochero de la diligencia, saltó á tierra de su carroza y le fustigó bárbaramente, pero la belleza de Enriqueta, que con Luisa se hallaba cerca del coche, tuvo la virtud de detener el brazo del Marqués en las violentas agresiones de su cólera.

El aristócrata se acercó á las huérfanas, que le saludaron muy cortesmente, y habló con Luisa, sin que á ella le resultasen agradables la conversación y los elogios del Marqués, de cuya presencia deseaba verse pronto libre, aferrándose con más fuerza, como si temiera que la separasen de ella, al brazo de su hermana.

De todos modos, Enriqueta contestaba á las preguntas del noble, y la ingenuidad de la huérfana, cuya ignorancia del mundo mantenía en su alma candores de infantilidad, dió á

aquél detalles precisos sobre el viaje de ellas á París.

Galantemente, el Marqués puso su carroza á la disposición de las huérfanas, mas Enriqueta le contestó:

—Gracias, señor, por tan amable ofrecimiento; pero vamos bien en nuestro coche.

La circunstancia de ser las muchachas de humilde posición social, inclinó los pensamientos del Marqués hacia torpes maquinaciones. Y tal llama de pasión encendieron en su pecho los encantos de Enriqueta, que ordenó á su criado Lafleur secuestrarla á riesgo de todo, en París.

La llegada á la metrópoli del marqués de Praille, fué señalada por una desgracia: su carroza había arrollado un niño. El pueblo, numeroso en el lugar del suceso, protestaba airadamente contra el noble. Este se asomó á la ventanilla de la carroza y, muy tranquilo, preguntó:

—¿Ha muerto?

—Sí—vocearon algunos.

—Es sensible...—añadió el Marqués—. Tomad esto para la madre.

«Esto» era una bolsa con dinero...

Luego, demandó, con gran interés, al cochero:

—¿Se han hecho daño los caballos?

(Incidente y frase rigurosamente históricos.)

En la casa de postas, apeóse Lafleur, el criado del Marqués, á quien éste dió sus últimas instrucciones:

—Entérate bien, Lafleur; no la quiero en mi casa, sino en mi fiesta de la noche.

Y Lafleur contrató los servicios de unos desalmados, para asegurar el triunfo de los planes de su señor.

El señor Martín, antiguo amigo de la familia Girard, llegó á esperar á las dos huérfanas, á quienes había brindado su protección.

Lafleur trabó conocimiento con el señor Martín, fingiendo esperar también á unos viajeros, y al objeto de desembarazarse de él— que sabía era la única persona que conocía á las huérfanas—, le invitó á charlar un momento juntos y á apurar una botella de buen vino. A este efecto, le había dicho:

—Si os parece, señor, distraeremos agradablemente el tiempo; el coche sufrió una avería más acá de Evreux, y viene con bastante retraso.

El señor Martín, sin sospechar la coartada, aceptó...

Entretanto, con las primeras sombras crepusculares comenzó la fiesta en el pabellón de Bel-Air que, con el nombre de «La Locura» destinaba el marqués de Praille á sus famosas orgías.

El caballero de Vaudrey asistía á la fiesta, por deber de cortesía exclusivamente.

Con lo que se derrochaba en esos festines, hubiera bastado para alimentar un pueblo.

No inquietaban al Marqués los juicios condenatorios sobre su relajado vivir, seguro de la impunidad que le concedía su alcurnia aristocrática.

El caballero de Vaudrey no se entregaba ni con el corazón ni mucho menos con el alma á las grandes fiestas señoriales, y enterado de ello el Marqués, le dió unos golpecitos en la espalda, diciéndole al propio tiempo:

—Creedme, amigo mío... Debemos gozar ampliamente de los privilegios de nuestra cuna... por si se nos acaban cuando menos lo esperemos.

—No, Marqués...—le replicó el Caballero—

que nuestros goces son la miseria del pueblo, de ese pueblo sublimemente resignado, que clama por un pedazo de pan.

Por su parte, Lafleur, alma impasible ante el más acerbo dolor, habiéndose quitado de encima, narcotizándole, al señor Martín, único amparo que en la gran ciudad hubieran tenido las huérfanas, esperábalas celosamente.

Enriqueta y Luisa no tardaron en llegar y, no hallando al señor Martín en la casa de postas, donde él les había prometido ir á buscarlas, decidieron esperarle.

Lafleur espiaba, en acecho de una buena ocasión para sus planes.

Y cayó la noche sobre la desventura de las dos huérfanas; y, apenas quedaron solas, Lafleur fué á ofrecerseles con falaz dulzura.

Enriqueta, al principio, le creyó de buena fe, mas pronto leyó la traición en su rostro y, retrocediendo, cogida del brazo de su hermana ciega, se puso, sin suponerlo, facilitando así la combinación de Lafleur, á mayor alcance de los miserables asalariados, los cuales se apoderaron de ella, abandonando á su triste suerte á Luisa, quien, al igual que Enriqueta, presas de indescriptible desespero, gritaban hasta desgarrar el alma, sus respectivos nombres.

Sus mutuos lamentos se fundieron en el aire; y la ciega, caminando al azar, hubiera perecido ahogada, sin la providencial intervención del afilador Pedro Frochard, que la detuvo al borde del río.

La vieja Frochard sorprendió á su hijo ocupado en consolar á la infeliz sin luz, que le contaba su odisea, y apartándole y disimulando, no por sus gestos, sino por el sonido de su voz, su perversidad que *saltaba á la vista*, dijo á Luisa:

—¿Ni un solo amigo tenéis aquí? ¡Oh, no os preocupéis por ello! Yo cuidaré de vos como de una hija.

Pedro, que no se equivocaba al suponer que su madre veía en la desventurada, por ciega y por hermosa, un negocio de indiscutibles rendimientos, sufría doblemente: porque la vería sufrir á ella, y porque sufriría de su dolor.

Muy satisfecha de su hallazgo, la vieja llevó á Luisa á su vivienda, más tenebroso antro de crimen que dulce hogar acogedor, y una vez en ella, presentándole la casa en su aspecto general, y mostrándole la que sería su cama, un mal colchón de paja en el suelo, como si la pobrecita pudiera verlo, le manifestó:

—Aquí tienes el único albergue que puedo darte, querida mía.

¡Qué iba á ser de ella!

¡Qué, de Enriqueta!

III

Cuando el astro de la noche enviaba á la tierra sus fulgores de ensueño, la representación mímica, á cargo de los bailarines, de una saturnal pagana, era como un anticipo de la que vivirían con toda realidad los invitados, después de las doce.

Enriqueta era llevada al Marqués durante la citada representación, y las primeras palabras que ella pronunció al recobrar el sentido, fueron estas:

—¿Y Luisa? ¿Dónde está mi hermana Luisa?

Nadie le contestó la pregunta, y entonces, repentinamente, Enriqueta recordó lo sucedido y se dolió, delante del noble y de los invitados que la escuchaban, de esta manera:

—He de buscarla. ¡Por favor dejadme salir!

Por toda respuesta, rasgaron el aire sonoras carcajadas del Marqués y varios nobles,

entre las cuales, gritando para cubrirlas con la fuerza de sus lamentos, dijo Enriqueta:

—¿No lo comprendéis? Luisa es ciega y no puede dár ni un paso sin mí... ¡porque la pobrecita ve por mis ojos!

En un principio creyó el caballero de Vaudrey que asistía á una ficción teatral, y que las querellas de Enriqueta eran frases de su voluntario papel de víctima.

Anonadada, Enriqueta resumió todo su desprecio y dolor en esta pregunta á los poderosos:

—¿Entre tantos caballeros, no hay ni un solo hombre de honor?

Ya el caballero de Vaudrey no dudó más de la realidad de los hechos, y se acercó á la excitada huérfana, sin proteccion, víctima de un capricho del Marqués, para, ante el asombro de éste y de la mayoría de los invitados, constatarle:

—Os equivocáis, señorita. Aquí hay uno. Tomad mi brazo y salgamos de esta casa.

El Marqués, herido en su amor propio, se puso por medio, exclamando:

—¡Nadie sale de esta casa antes de las doce!

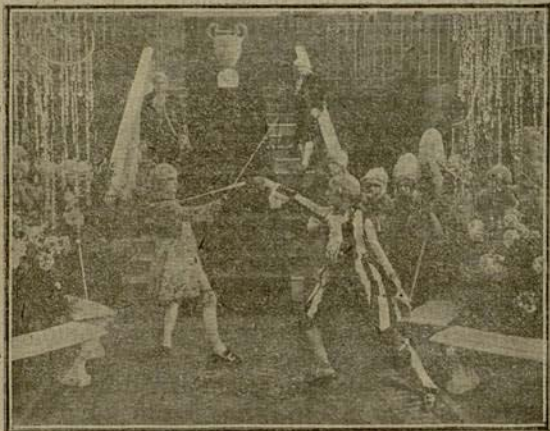
El Caballero no se atuvo á esta condición del Marqués, y se abrió paso para salir á la calle. Como quiera que todavía le ponía reparos el Marqués, el Caballero recogió el reto, y allí mismo, por el honor de una dama, fuera de la cuna que fuere, batióse á espada con el ofensor, dejándole tendido.

Retirados los coches, porque la fiesta no había de terminar hasta bien entrada la mañana, el Caballero salió á pie con su protegida, y el vengativo Tison, desde la puerta de la regia mansión en que esperaba una misérrima humanidad, seguía con mirada odiosa esta pare-

ja que creía participaba en los festejos que celebraba el Marqués.

El Caballero condujo á Enriqueta al lugar en que fué vilmente raptada para encontrar á la ciega, pero ésta no aparecía por ninguna parte.

Enriqueta alarmóse ante la posibilidad de que su hermana se hubiese ahogado en el Sena, cayendo en sus aguas involuntariamente,



...el Caballero recogió el reto, y allí mismo, por el honor de una dama...

y su inmenso dolor sólo halló consuelo en las cariñosas palabras del Caballero, que la apartó de allí, dispuesto á guiarla hasta que hallase una habitación, en buena casa, donde instalarla.

Luisa, en la covacha de la vieja Frochard, ya había tenido motivo de conocer á la desal-

mada y, comprendiendo cual sería su triste suerte, lloraba sin cesar, y, como única queja, sus labios exhalaban el nombre de su hermana:

—¡Enriqueta!... ¡Hermana mía!

Jaime Frochard, al presentarle su madre la nueva víctima, sonrióse con doble motivo: por la belleza de la joven y por el lucro que sacaría de ella.

La vieja era de la misma opinión, pues bromeando con Jaime—encendiendo la mayor indignación en el pecho de Pedro—, le dijo, importándole un mito que la interesada la oyera:

—Ciega... y bonita, para inspirar más compasión... ¡Cuánto dinero va á ganarnos mendigando en este París!

El caballero de Vaudrey alquiló para Enriqueta una habitación en la casa en que se hospedaba Maximiliano Robespierre, un humilde abogado que pronto debía gobernar á Francia, y, una vez en ella, la huérfana le dijo:

—Yo, señor... yo no sé cómo agradecer lo que habéis hecho por mí.

Sin embargo, el más agradecido de los dos era el Caballero, pues la casualidad le había deparado en Enriqueta el ideal de su ilusión.

Las miradas tiernas y expresivas del Caballero, no asustaban á Enriqueta, y, puesto que la turbaban, ello significaba que una corriente de simpatía amorosa se deslizaba en sus corazonas.

Irreflexivamente, dejándose llevar por una misteriosa fuerza, el Caballero, no dando tiempo á Enriqueta para evitarlo, posó, rapidísimo, sus labios en los de ella.

Enriqueta entristeció ante tal atrevimiento, mas, pesaroso, el caballero de Vaudrey le suplicó:

—¡Perdonadme! Fué un impulso, fué... Yo os prometo que no lo haré más.

Enriqueta olvidó la «osadía»; y marchóse, más enamorado desde el beso, el noble de Vaudrey.

Luisa, cubierta de harapos, para inspirar más lástima y sacar mayor provecho de su desdicha, fué obligada por la vieja Frochard á salir á cantar por las calles acompañándola ella para recoger las limosnas.

Bien sabía Luisa que una negativa por parte suya sería castigada por la malvada mujer á encierro en un inmundo sótano en que permaneció la primera vez que intentó rebelarse contra Jaime y su impía madre.

Pedro el tullido, compadecía con toda su alma á su compañera de infortunio, y el cariño que hacia ella había nacido en su noble corazón, se traducía por consolarla siempre que estaban solos y por animarla á no perder la esperanza de volver á encontrar á su hermana.

¡Oh, cuántas, cuántas veces Pedro, en silencio, había llorado por el triste sino de Luisa, tan buena, tan hermosa, tan digna de ser feliz, besando sus bucles!

Irritado el conde de Linières por las murmuraciones de que había sido objeto el desafío de Vaudrey en defensa de una cualquiera, mandó á Picard que vigilase á su señor.

Y cuando el caballero de Vaudrey solicitó para Enriqueta el apoyo del Conde, éste rehusó á que la policía hiciera averiguaciones relativas al paradero de la hermana de esta huérfana por la que aquél se interesaba de una manera peligrosa. Y le añadió:

—¡Debíais guardaros el respeto que á vos mismo os debéis, haciendo cesar vuestro contacto con esa gente soez y plebeyal

Mas el Caballero, como tal, no hizo el menor caso de la observación.

Frustradas todas sus pesquisas para dar con Luisa, Enriqueta optó al fin—también inútilmente— por solicitar el concurso de la policía para encontrar á su querida ciega.

El Rey se había dignado, por distinción al caballero de Vaudrey, disponer su matrimonio con una joven de rango principesco. Y la regia



—¡Oh, cuántas, cuántas veces Pedro, en silencio...

decisión encantaba al Conde de Linières, ya que este enlace, encumbrando más á los suyos, aumentaba el prestigio de que gozaba en la corte.

Tiempo le faltó, pues, al Conde, para anunciar á su sobrino, el Caballero, la honrosa noticia.

—Por deseo de Su Majestad, se ha concertado



—¡No te veo, Enriqueta...! ¡No te veo!

tu casamiento con una Princesa de la sangre.

—Pero... ¿y mi voluntad?—replicó de Vaudrey—. Agradezco y rehuso tan alto honor... Mi corazón ha elegido ya á la que debe ser mi esposa.

—¡Y te atreves, insensato, á desobedecer al Rey!

—Todo gobierno que consagre la desigualdad de los ciudadanos ante la Ley, es una tiranía.

VI

Danton y Robespierre se habían reunido para pronunciar patrióticos discursos en una plaza pública. Abogaban por un cambio de régimen salvador de la patria.

La febril elocuencia de Danton alarmó á un fervoroso realista, quien, para librar á su partido de un enemigo tan terrible, mandó á sus espías que lo matasen.

Mas Danton era fuerte y, con valentía extraordinaria, hizo frente á los atacantes que le libraron batalla en una solitaria calle, escapando á sus aceros después de vencer á algunos.

Pero los adversarios, rehechos, persiguieron á Danton, y éste, ante el inminente peligro que corría—pues los realistas eran numerosos—se refugió en la casa en que vivía Robespierre y como los enemigos le pisaban los talones, entró en la primera habitación que le vino á mano, que era la de la huérfana.

Y Enriqueta fué para el perseguido la piedad, la piedad bendita que no entiende de banderías políticas ni de jerarquías sociales.

Temiendo comprometer á la huérfana, á quien habían visto Robespierre y él una vez, y cuya historia conocía, iba á salir de la habitación cuando los realistas se hallaban frente á ella en el rellano de la escalera, mas Enriqueta se lo impidió.

—¡No saldréis de aquí!—le dijo— Prefiero que la malicia muerda en mi reputación á que perdáis la vida.

El nuevo día.

Robespierre, había oído decir que su amigo Danton sufrió ciertas contrariedades la pasada noche, y como era un admirable regulador de la conducta y de los asuntos ajenos, se disponía á enterarse, por Enriqueta misma, de la verdad.

Danton y la huérfana permanecían mudos; pero sus silencios estaban llenos de pensamientos de profunda admiración recíproca.

Y el gran tribuno le prometió no olvidar en toda su vida la grandeza de alma con que lo había salvado.

Robespierre llamó á la puerta de la habitación de Enriqueta y le preguntó con melosas maneras, lo que le interesaba saber, por curiosidad naturalmente.

Ella, dignamente, le contestó:

—Os equivocáis, señor... Yo vivo completamente sola.

—Sé que es un amigo mío el que está en vuestra habitación... acaso el mejor de mis amigos—añadió maliciosamente, Robespierre.

Y Enriqueta, para defender su immaculada honradez, cerró violentamente la puerta á Robespierre, y éste no olvidaría jamás tamaña afrenta.

Danton, agradecidísimo, se marchó sin ser visto por nadie, ¡y ella no sabía siquiera su nombre!

Luisa, mientras tanto, empezaba su trabajo... su obligación de cantar y tender la mano.

El bondadoso médico de la Salpêtrière la vió, é, inspeccionándole los ojos, dijo á la vieja que la acompañaba que tal vez le devolve-

ría la vista y que podía llevarse a su casa si deseaba que lo intentase.

La curación de Luisa no podía interesar á la vieja, y por tal motivo ésta dijo á la ciega que el médico reconocía que no había remedio para su ceguera. A continuación de esta amarga noticia para la infeliz, la desalmada la despojó de un chal que cubría su cuello, para que, sin él, tiritase mejor y las gentes se fijasen más en ella y acrecentaran los ingresos.

El caballero de Vaudrey visitó en su casa á Enriqueta y Picard, cumpliendo la orden recibida del Conde, le hizo traición sin comprender su alcance, enterando á aquél del domicilio de la joven pretendida por su señor.

—¿Sin noticias aún de vuestra pobre hermana?—preguntó á Enriqueta el Caballero.

Esta, inconsolable, contestó negativamente y guardó un profundo silencio.

De Vaudrey, firme en su propósito de seguir el dictado de su corazón, no vaciló más y dijo á Enriqueta:

—¿Todos vuestros pensamientos los consagrais á ella? ¿Nunca os acordáis de otra persona que no os olvida un instante... porque os ama?

Y para dar más fuerza á su declaración, que desconcertaba á Enriqueta, el Caballero le enseñó un anillo de esponsales.

—¡Casarme con vos... un aristócrata!—exclamó la huérfana—. ¿No habéis pensado que esto os valdría las censuras, más aún, los desdenes, los desdenes de todo el mundo?

—¡Ésas palabras en vuestros labios!... ¿Es qué... no me amáis?

—¡No!—dijo, secamente, ella.

Ya el Caballero iba á marcharse, descorazonado, cuando la contenida explosión de un

sollozo salido del alma de Enriqueta, le hizo retroceder.

—¡Oh, sí, me amáis!—exclamó, abrazándola—. ¡Os ha traicionado la emoción!

Vencida, Enriqueta confesó:

—¡Sí... pero antes es necesario encontrar á Luisa!

En el colmo de la dicha, de Vaudrey juró encontrar á la ciega y desbordó su entusiasmo juvenil, haciéndole mil monerías á Enriqueta. ¡Se amaban; era cierto!

El destino juega con los humanos á su antojo y prepara tan dolorosas escenas como la que dieron la condesa de Linières, madre de Luisa, ésta y la vieja Frochard, cuando la primera, no sospechando la cruel realidad, dió una limosna á la ciega, diciéndole, con cariño:

—Toma, hijita; da esto á tu madre.

De Vaudrey rogó á la Condesa, su tía, cuando regresó á su casa, que visitase á Enriqueta, para que se convenciera por ella misma de que era digna de su amor.

Así lo hizo la Condesa.

Entretanto, terrible era el dilema propuesto por el Conde á de Vaudrey: ó la boda ordenada por la regia voluntad ó la doble pena de destierro y confinamiento en un castillo. El Caballero optó por lo segundo.

La Condesa se entrevistaba con Enriqueta:

—Vuestro casamiento con mi sobrino es imposible—le manifestó.

—¡Oh, señora; yo le amo con toda mi alma!

Durante la conversación, Enriqueta nombró á Luisa, y la Condesa musitó:

—Luisa... ¡Qué recuerdos me despierta ese nombre tan querido!

—Ayúdame á encontrar á mi hermana y yo... yo haré todo lo que me exijáis... ¡Hasta

renunciar al amor de mi prometido, aunque se desgarre mi corazón!

V

Enriqueta seguía implorando la protección de la Condesa para buscar á Luisa.

—Ciega... Desamparada en este inmenso París donde hay tanta maldad... ¡Ella que de niña sólo tuvo ternuras y cuidados! Apiadáos de su infortunio, señora!...

Convencida de que la Condesa se interesaba á su relato, Enriqueta prosiguió:

—Realmente, Luisa no es mi hermana... ¡Oid la breve historia de esa infortunada á quien tanto amo!

Todo lo refirió Enriqueta y, por último, enseñó á la Condesa el medallón que llevaba pendiente del cuello Luisa en su niñez; al verlo, aquélla, estupefacta, saltándole el corazón en el agitado pecho, ahogó dos gritos en su interior:

—¡Mi hijo! ¡Es mi hijo!

De súbito se oyó cantar en la calle y la voz imploradora de mujer resonó en Enriqueta, impresionándola tanto, que á sus labios afluyó un nombre: Luisa.

Y era en efecto, Luisa quien cantaba.

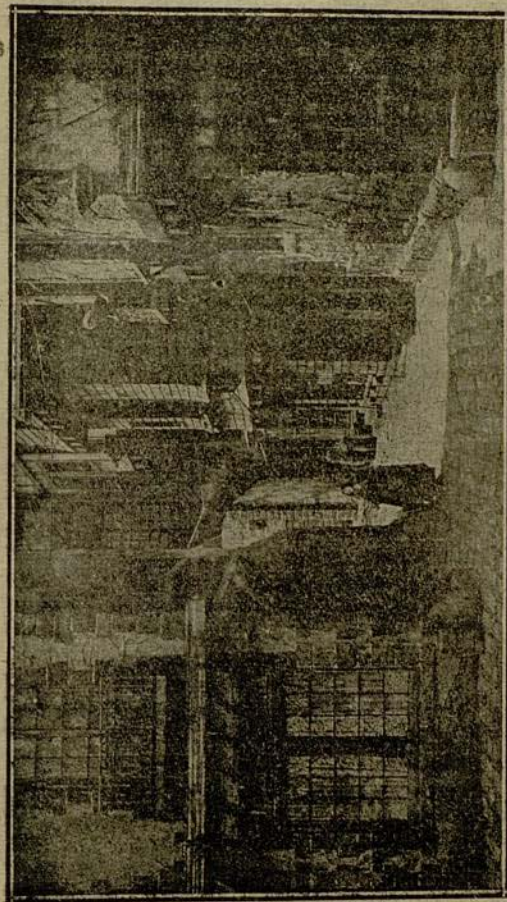
Enriqueta se asomó al balcón de su casa, y al reconocer á la ciega, gritó con toda su alma:

—¡Luisa!

La pobrecita muchacha, al oír la voz querida de su hermana, levantó las manos hacia donde le parecía que ella estaba.

La Condesa, la madre de Luisa, pasaba por la más horrible de las torturas por no poder descubrir su secreto.

Febrilmente, Enriqueta recomendaba, llorando de alegría, á su hermana, que no se



*y al reconocer a la ciega, gritó con toda su alma:
—¡Luisa!*

moviera de allí pues iba por ella en seguida, pero, como lo temía, temblando de ansiedad, la sin luz, la vieja Frochard, prevenida por los gritos de las huérfanas, salió de la taberna en que había entrado antes, y obligaba á Luisa á seguirla.

Enriqueta iba á bajar á la calle para recu- perar á su hermana, más la fatalidad se opu- so á ello: el conde de Linières, con absolutis- mo de autócrata había resuelto acabar de una vez para siempre con el enojoso asunto del enamoramiento del caballero de Vaudrey de una plebeya, mandando detener á Enriqueta por los policías que le seguían.

La Condesa, sin poder articular palabra, pre- senció la infamia y como Enriqueta, aunque contrastando su torturante silencio con el con- vulsionado desespero de la joven, vió como la vieja se llevaba, arrastrándola, á la ciega.

El Conde, enérgico, ordenó á su escolta que Enriqueta fuese llevada á la Salpêtrière, nom- bre del hospicio de París, que era también ca- sa de relusión para las muchachas pecadoras, cometiéndose, confundiéndola con las otras, una espantosa injusticia.

El caballero de Vaudrey sufriría, en tanto, su condena de destierro en una fortaleza de los realistas, lejos de París.

En la Salpêtrière supo Enriqueta, por el mé- dico, el paradero de Luisa y pedía al Cielo un poco de clemencia para su desventura.

Por su parte la Condesa, no pudiendo con- tener por más tiempo sus ansias de confesión del secreto que atormentaba su vida, lo reveló á su esposo que, reconociéndola inocente, la perdonó.

Y llegó, sin tardar la revolución, esa gran- diosa página de la historia de Francia, y con

la caída de la Bastilla, verdadera plaza fuerte del Rey, se decidió el triunfo por la libertad soñada.

Danton y Robespierre eran los caudillos; pero el primero arriesgaba su vida dando el ejemplo á los demás, mientras que el segun- do... esperaba, en sitio seguro, el resultado de la lucha.

Como todas las víctimas de los aristócratas, Enriqueta fué puesta en libertad, y su primer cuidado fué el de presentarse en la covacha de la vieja Frochard para reclamar á Luisa.

Por el chal que llevaba puesto la bruja, En- riqueta se convenció de que era cierto que su hermana vivía allí, y golpeó á aquella pidién- dolo que le devolviera á Luisa. Mas la vieja no dispuesta á perder el negocio que le represen- taba la ciega, le contestó, fingiendo llorar, que murió en el invierno pasado.

Con una duda horrible, Enriqueta recurrió á la ley para que averiguara qué verdad había en la historia de la vieja Frochard... pero en aquel momento, los intereses particulares no contaban para nada y Enriqueta, sin poder re- sistirse, fué cogida en el vórtice de la muche- dumbre delirante que festejaba la victoria de los oprimidos.

VI

Jaime Frochard, que codiciaba desde algún tiempo los encantos de la ciega indefensa, pre- tendía, consintiéndolo su madre, llevar á cabo su criminal acción, brutalizando á la deseada, cuando Pedro, encendido de indignación, le plantó cara:

—Bastante tiempo he temblado cobarde- mente ante tu maldad—le dijo—. ¡No intentes tocarla!

Rióse Jaime... mas su mofa fué breve, pues

empezada una lucha feroz de hermano á hermano, llena de odio, Pedro le hundió su cuchillo en la espalda dejándolo, al huir con Luisa, espantada, muriéndose en los brazos de la vieja que apoyó sus infamias.

Con la caída de la realeza, quedaron rotas para siempre las cadenas de la tiranía. Pero, frustrando la voluntad popular, surgió una nueva forma de opresión, la anarquía, que te-



Jaime Frochard, que codiciaba desde algún tiempo los encantos de la ciega...

nía por caudillo á un político de falaces astucias: Robespierre.

La guillotina funcionaba sin cesar... y en vano Danton abogaba por los sentenciados políticos rivales, ó pobres inocentes, pidiendo para ellos un poco de clemencia.

—Francia debe ser purgada de toda mal-

dad.—repetía Robespierre (*frase rigurosamente histórica*).

La guillotina obedecía, sumisa, á la mano del verdugo....

Aprovechando el desconcierto que reinaba en todo el país, el caballero de Vaudrey huyó de su prisión para ver á Enriqueta, y en una carreta, disfrazado de plebeyo, llegó á las puertas de la ciudad.

Tison, convertido en un importante personaje, vió á de Vaudrey—que había entrado en la capital sobornando su acompañante, con dinero, al ciudadano que revisaba los pasaportes—, y le siguió hasta la casa de Enriqueta, deseando vengarse en él de los martirios sufridos por sus mayores.

Cuando aparecía ante ella de Vaudrey, completamente transformado, y de cuyo destierro él la enteró por Picard, que fué infiel al Conde, Enriqueta imploraba á Dios que iluminase la tenebrosa senda de su vida.

¿Era la llegada del Caballero el primer destello de la luz que anhelaba Enriqueta? ¿Había sonado para ella la hora de la libertad?

Desgraciadamente, no; porque casi al mismo tiempo que el buen noble, Tison, penetrando en la estancia en que ellos estaban, con sus soldados, hizo detener al aristócrata y á su cómplice.

El Tribunal, presidido por Tison y aconsejado por Robespierre desde los escaños públicos—pues éste asistía á las audiencias como simple ciudadano—, condenó á la guillotina á de Vaudrey.

Enriqueta, al comparecer ante el Tribunal, descubrió entre el público á Luisa y ante el asombro de todos la llamó con vehemente alegría. Luisa, que estaba con Pedro, y á quienes

el pueblo agitado empujó hacia la sala del Tribunal, se levantó al oír á Enriqueta, tendiéndole sus manos para abrazarla, mas los soldados del pueblo, los "descamisados", impidieron que se acercaran hasta poder estrecharse en sus brazos.

Muy serena hizo Enriqueta su propia defensa, pero agotóse su serenidad en vista de que no era escuchada y de que su sentencia de muerte, por haber protegido á un aristócrata, era inminente. Recurriendo entonces al sentimiento, rogó al Tribunal:

—¡Perdonadme!... ¡Mi hermana es ciega... ya lo habéis visto! Ella es inútil para cuidarse á sí misma... y necesita de mí, de mi compañía, de mi amor...

Tison consultó con la mirada á Robespierre. Este examinó á Enriqueta, y, asociado al recuerdo del rostro femenino el del pretérito agravio, surgió la sonrisa con que velaba su alma inmisericorde.

—Decidme... le preguntó delante de todos—. ¿No se os internó en la prisión para mujeres de mala vida?

—¡Oh, sí, aquella celada infame!—respondió Enriqueta—. Pero nadie, señor, ha manchado mi pureza.

Obedeciendo á un disimulado gesto de Robespierre, Tison anunció la sentencia: ¡Guillotinal, y así quedaría vengada la inolvidable afrenta.

Luisa creyó morir de pena...

Afortunadamente, Pedró estaba con ella.

VII

Danton vió á Enriqueta y al bueno de Vaudrey entre los sentenciados, y para salvarlos se presentó ante el Tribunal, desoyendo la ad-

vertencia de unos compañeros de que con otra petición de gracia, sólo conseguiría poner en peligro su propia vida.

Y ante el pueblo, que al principio se negaba á que el Tribunal accediese al deseo de Danton—cosa que no estaba Robespierre dispuesto á tolerar—, el más grande de los oradores,



—¡Perdonadme! Mi hermana es ciega.. ya lo habéis visto!...

cuya gratitud inextinguible á Enriqueta libraba contra el odio la más formidable de las batallas, pronunció el discurso más emocionante de su vida de luchador.

—¡Que se cumpla la voluntad de Danton!—

clamó el pueblo, arrebatado otra vez por la cálida palabra del tribuno.

Y era tan imponente el mandato del pueblo, que el Tribunal, amedrantado, firmó los dos indultos pedidos... pero Robespierre hizo ordenar que se cerrasen las puertas, para que Danton no llegase al pie de la guillotina.

Todos los obstáculos fueron vanos: Danton, con un buen puñado de hombres, galoparon sobre briosos caballos hacia el lugar de la ejecución.

Enriqueta, que en camino de la guillotina se había despedido dolorosamente de la ciega, que guiada por Pedro había seguido el carro de la muerte en que ella viajaba, iba á morir, cuando el tullido afilador, presa de un furor repentino, saltó sobre el verdugo, y le hirió con su cuchilla justiciera, para que no pudiera matar á la inocente.

Los ayudantes del verdugo apalearon á Pedro y no acabaron con él, para reservarlo para la guillotina.

Gracias á esa interrupción, Danton pudo aún arrancar á la muerte á sus protegidos, y mandó poner en libertad al generoso Pedro... ocasionando tales acontecimientos un buen disgusto á la desalmada y rencorosa vieja Frochard que asistía al «bello» espectáculo de las decapitaciones.

*
**

Algún tiempo después, Luisa recobró la vista, merced al bondadoso médico de la Salpêtrière; la Condesa la reconoció como hija con la aquiescencia del conde de Linières; Pedro tuvo el regalo de un bienestar que no espera-

ba, debido á la gratitud de la madre de Luisa, que premió así su bondad para con la que fué su compañera de miseria; y por último, Enriqueta, tomando aparte á su hermana, le susurró al oído, señalándole al caballero de Vaudrey:

—Te he cumplido mi juramento, hermana... ¿Apruebas tú mi elección de esposo?

Luisa, agradecida y dichosa por su propia felicidad y la de los demás, le dió su «consentimiento».

En el cielo se esfumaron fugaces las sendas nubes grises que empañaron durante mucho tiempo su puro color azul y el sol, resurgiendo más vigoroso, brillaba ahora con todo su esplendor.

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Este número ha sido sometido á la prévia censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

El pescador de perlas

Magistral creación de los mimados artistas

ALICE TERRY y RAMÓN NAVARRO

GRAN ÉXITO

Postal-Fotografía:

MÆ MURRAY

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.

¿TIENE USTED YA NUESTRO

Número Almanaque 1924

CÓN EL ÁLBUM PARA LAS
POSTALES DE 1922 - 1923?

¡CAUSA ADMIRACIÓN!

Importante

Comunicamos á los lectores de Madrid que la casa

MANUEL CASTRO,

Mazarredo. 4 :: Madrid

tiene puestas á la venta las tapas para los tres tomos de las novelas publicadas.

Tenemos además lujosamente encuadernadas las 22 primeras novelas al precio de

PESETAS 7'50 EL TOMO

con un sobre conteniendo las postales

= ACEPTAMOS ENCARGOS =